



**INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, DON  
MARIANO RAJOY, EN EL PLENO DEL CONGRESO DE LOS  
DIPUTADOS PARA INFORMAR SOBRE EL PROGRAMA DE  
ESTABILIDAD Y EL PLAN NACIONAL DE REFORMAS**

**(8.MAYO.2013)**



Señor presidente de la Cámara, señoras y señores diputados,

18.900 millones de euros menos. Esta cifra señala, mejor que ninguna otra cosa, la importancia de los acuerdos alcanzados en el Consejo de Ministros del pasado 26 de abril en el que se aprobaron, tanto el Programa Nacional de Reformas, como el Programa de Estabilidad, que ya hemos remitido a Bruselas.

Porque esa cifra es la diferencia entre el esfuerzo de ajuste del déficit del sector público previsto para este año y el que finalmente estaremos obligados a realizar: 18.900 millones de euros menos. Dicho de otra manera, es la distancia entre un límite de déficit del 6,3 por 100 del PIB y del 4,5 por 100, que finalmente hemos propuesto y enviado a la Comisión Europea y, que como todos ustedes saben, ha tenido una buena acogida en el seno de la misma.

Señorías,

La diferencia entre una y otra situación es enorme. Piensen, por un momento, lo que hubiéramos tenido que hacer en el ya citado Consejo de Ministros del día 26 si no hubiéramos podido plantear ese nuevo límite del déficit: un conjunto de actuaciones, tanto en los capítulos de ingresos como en gastos, que de manera muy dura hubieran afectado dramáticamente a amplios sectores de la sociedad española.



Como referencia, recuerden que el pasado año la reducción del déficit del sector público alcanzó la cifra de veintidós mil millones de euros y el esfuerzo que eso representó para todos. La reducción prevista para 2013 era de más de 26.000 millones, que ahora quedaría reducida a poco más de 7.200 millones de euros. Esa holgura marca la distancia entre una senda de reducción del déficit razonable y factible y un estrangulamiento económico y social en este año para la sociedad española.

Esto es lo que me parece más sustancial de los planes que hemos enviado a Bruselas. Todo lo demás, aunque contenga aspectos importantes, son, o ajustes menores, que oscilan en el entorno de los tres mil millones de euros, o las reformas que vamos a ir desarrollando.

Para informarles de todo esto he solicitado la comparecencia. No hay cambios de rumbo en la política del Gobierno, Señorías; pero sí estamos en un nuevo escenario que nos permitirá desenvolvernos con mayor holgura.

Aprovecharé también este debate para comentar con ustedes los últimos datos de la Encuesta de Población Activa referidos al primer trimestre de este año que, como bien saben Sus Señorías, ofrece una cifra de parados que supera los 6.200.000 personas. Ya sé que esto no es nuevo. De hecho, hace dos meses, en el Debate sobre el Estado de la Nación, comencé mi intervención señalando que ya sumábamos 5.965.000 ciudadanos en paro. No es nuevo, no; ni inesperado en una situación de recesión económica; pero ni yo me acostumbro a estos datos ni, mucho menos, me resigno ante ellos.



Estamos ante el aspecto más duro de nuestra realidad económica, tanto por su gravedad, como por su dimensión. Nos interpela el rostro más dramático de la sociedad española y nos impone la obligación de seguir considerándolo el norte de toda nuestra política económica, como trataré de exponerles esta mañana.

Señorías,

Como ustedes saben, cuando llega el mes de abril, todos los Estados miembros de la Unión Europea deben presentar en Bruselas sus Programas económicos: el Programa Nacional de Reformas y el Programa de Estabilidad. Esto no es algo que acabe de inventarse. Procede de los tiempos de la fundación del euro. A raíz del Pacto de Estabilidad y Crecimiento de 1998, los Estados miembros de la Unión Monetaria deben confeccionar un Programa de Estabilidad y el resto de países, un Programa de Convergencia.. Estamos hablando, Señorías, de más de quince años respondiendo a estas obligaciones de nuestros compromisos comunes. A su vez, los Programas Nacionales de Reformas se llevan confeccionando desde 2005, tras el llamado informe Kok, y sintetizan en un único documento distintos procedimientos de coordinación de políticas económicas que ya existían entonces.

No es que estas cosas las imponga Bruselas, Señorías; es que las exigimos los europeos porque así queremos que sea Europa.

España, desde entonces, ha presentado sus actualizaciones año tras año, exactamente igual que todos los demás Estados miembros.



Aclaro estas cosas porque, a juzgar por lo que se ha dicho estos días, algunos parecen pensar que estamos ante una medida que se le impone a España de manera excepcional, como si se tratara de una evaluación singular de nuestras capacidades. Pues no, señor. Ni es nueva, ni es excepcional, ni es particular. Todos los países tienen que hacerlo, todos. Los veintisiete.

En esencia, en el Programa de Estabilidad se trata de exponer de qué forma pretende cada país acometer sus obligaciones en materia de déficit público. Ésa es la cuestión fundamental. Las demás no buscan sino darle credibilidad a esta materia.

Señorías,

Lo que España ha presentado hace unos días no es sino una adaptación ajustada a los cambios que se han ido experimentando en los últimos tiempos, tanto en el escenario español, como en el europeo.

Por una parte, el Programa Nacional de Reformas realiza un balance de las reformas aprobadas recientemente, cuantifica sus impactos y expone las actuaciones que se están emprendiendo o que se emprenderán en breve. Éstas últimas son de sobra conocidas por Sus Señorías ya que fueron anunciadas en el reciente Debate sobre el Estado de la Nación. Se trata, pues, de poner en lenguaje comunitario la estrategia de política económica, las medidas y los efectos de las mismas que se han venido aplicando en esta Legislatura para lograr una economía más competitiva y flexible.



Pero lo más relevante, como ya he señalado, es que el nuevo cuadro del Programa de Estabilidad estima que el déficit público se situará este año en el 6,3 por 100 del PIB, para bajar al 5,5 por 100 en 2014 y al 4,1 por 100 en 2015, y situarnos por debajo del 3 por 100 en 2016. El esfuerzo en términos estructurales en 2013, no obstante, es muy similar al de 2012, dos puntos del PIB, lo que asegura el cumplimiento de nuestras obligaciones comunitarias.

El compromiso con el déficit nominal, en cambio, lo hemos aligerado y creo que bien podemos felicitarnos todos por ello, porque, Señorías, ese esfuerzo menor de este año representa un alivio para todos los españoles y porque, de otro modo, la situación se hubiera convertido en insostenible.

El año pasado logramos reducir el déficit en veintidós mil millones de euros a costa de enormes sacrificios. Este año, con Europa en recesión, no se podía pretender que redujéramos 26.000 millones, es decir, 4.000 millones más que en 2012. Basta con que ustedes imaginen lo que habría representado reducir el déficit en esas dimensiones. Y no hablo ya de lo que hubiera representado para las Administraciones autonómicas o locales. Piensen en algunas competencias del Gobierno central, como las pensiones o las prestaciones por desempleo.

Éste es el principal valor del Programa de Estabilidad: la fijación de los objetivos de déficit para todas las Administraciones Públicas. Esto es lo que comprometemos como país y lo que nos obliga.



Ahora bien, para hacer esta propuesta es necesario basarse en unas previsiones. Las previsiones son un instrumento muy importante, pero nada más que un instrumento, que nos orienta para tomar la verdadera decisión que es la senda de déficit.

Estas previsiones deben ser realistas y acordes con el ejercicio que se está realizando. A nadie se le escapa que, tanto los pronósticos sobre la actividad, como los realizados sobre el empleo, corresponden a una realidad que no estaba prevista. Nadie presagiaba, ni aquí ni fuera de aquí, que la recesión en la Unión Europea sería como es, nadie. Evidentemente, esto limita nuestro crecimiento.

Cuando hablamos de previsiones, Señorías, estamos hablando de eso, de previsiones, y no de otra cosa, como me ha parecido que alguien ha querido entender. Las hemos hecho a la baja, cosa que no debe alarmar a nadie, porque es lo razonable. Son estimaciones deliberadamente prudentes, lo que las hace más serias y más fiables.

No deseo en ningún momento transmitir una falsa impresión. Quiero ser y que seamos todos realistas. ¿Acaso estaba mejor hacer las cosas como antes, cuando las cifras se empleaban para fantasear, para intentar lucirse, y no servían más que para redoblar la desconfianza hacia España?

Las previsiones, Señorías, ni son un instrumento para la propaganda del Gobierno, ni deben manipularse para sembrar falsas esperanzas o, al contrario, alimentar alarmas no menos falsas. Ni siquiera tienen por qué



cumplirse. Yo seré el primer interesado en que algunas no se cumplan y haré cuanto sea posible para lograrlo. Todo el mundo puede entender que, si un médico tiene previsto sacar a un paciente de la UVI en dos semanas, y al final de la primera está en condiciones de hacerlo, no lo retendrá, como es natural. Se saltará su propia previsión. Pues nosotros, lo mismo.

Tampoco las previsiones reflejan ningún cambio en los objetivos, en las directrices o en el rumbo de nuestra política económica. Si alguien piensa que estas previsiones modifican la política económica del Gobierno, se equivoca.

No somos los únicos que las hemos corregido. El Fondo Monetario Internacional, la OCDE, la propia Comisión Europea y todos los países europeos, todos, han cambiado sus previsiones para este año y nadie piensa que hayan variado su política económica.

Lamento mucho desengañar a quienes disfrutaban sembrando alarmas, pero están pinchando en una nube. Confunden las previsiones con la política del Gobierno y se equivocan.

La política del Gobierno, por poner un ejemplo, persigue reducir el déficit y eso no varía. La previsión se limita a ofrecer una estimación aproximada sobre el ritmo y las posibilidades. Contribuye a fijar la senda de la reducción y otorgar confianza a la misma.

Quiero insistir en esto: no representan ningún cambio en la política económica, y mucho menos un cambio a peor. Significan, primero, cumplir con una





obligación y, segundo, adaptarnos mejor a las circunstancias en las que vamos a seguir aplicando la misma política; una política cuyo objetivo final es la reactivación económica y la creación de empleo, y que ahora está creando las bases necesarias para ello.

Recuerden, Señorías, que para asentar esas bases era preciso deshacer los obstáculos que cerraban el camino: la inflación, el déficit del sector público, el déficit exterior, el peso de la deuda y los problemas del sector financiero. Todo esto se ha puesto en marcha durante 2012 y algunos de esos obstáculos ya hoy no existen. De eso hablaremos más tarde con algún detalle, pero antes permítanme insistir en la necesidad de mantener la coherencia de las actuaciones con el rumbo diseñado.

Señorías,

Contamos con dos razones muy sólidas para no modificar las directrices del Gobierno, ni en la corrección del déficit, ni en las reformas estructurales: la primera razón, que tenemos 6.200.000 parados; la segunda, que estamos logrando resultados objetivos. Insisto, porque quiero que esto quede muy claro: toda nuestra política económica, y buena parte de la social, está determinada por la existencia de esos más de seis millones de parados.

No estamos jugando una partida en dos tableros, por así decirlo: el de la economía y el del paro. No, Señorías. Jugamos en un solo tablero, porque la creación de empleo es inseparable de la corrección de los graves



desequilibrios económicos que hemos heredado. Eso es lo que estamos haciendo: enderezar lo que estaba torcido.

El Gobierno anterior cometió la ligereza de pensar que, sin molestarse en corregir los desequilibrios, era posible estimular el crecimiento de la actividad económica y el empleo. No estimuló el crecimiento, como se sabe: estimuló el paro y el gran socavón de la deuda que estamos intentando tapar.

No me pidan que repita ese disparate y mucho menos en un clima de estancamiento que afecta, no sólo a España, sino al conjunto de la Unión Europea.

Lo que reclaman esos 6.200.000 parados no es que tiremos por la ventana todos los sacrificios, todo el esfuerzo y todos los avances logrados en estos dieciséis meses. Lo que necesitan es que, cuanto antes, salgamos del agujero.

Y como resulta, Señorías, que hemos avanzado muchísimo en muy poco tiempo y que, según opinión internacional generalizada, hemos dejado atrás lo peor, tenemos la obligación moral de no ser frívolos con los intereses de la gente, de no hacer experimentos con la economía y de perseverar en la misma dirección, porque ésta es la ruta que lleva a la corrección de los desequilibrios, a superar el estancamiento y, como consecuencia, a la creación de los nuevos puestos de trabajo.

La cifra de 6.202.700 parados que refleja la Encuesta de Población Activa del primer trimestre constituye el mejor acicate para no retroceder ni un milímetro y



mantener el rumbo sin vacilaciones y sin descanso. Ni el cambio continuo, ni el aparentar que se hace, ni los gestos para la galería, sirven para nada y son muy caros, Señorías. Ya los hemos conocido y todavía no hemos terminado de pagarlos. Sería una frivolidad que los repitiéramos. Seis millones de parados no merecen ligerezas de ninguna clase, ni políticas erráticas, sino esfuerzo, sacrificio y perseverancia.

Estamos aquí para dar una oportunidad a los parados y a sus familias, para darle la vuelta a la situación y crear empleo. No se me ha elegido para otra cosa y eso es lo que voy a hacer, Señorías.

Estamos realizando la mejor política de empleo posible, la que elimina los escollos y la que despeja nuestra economía de todo lo que ha contribuido a destruir empleos y mantiene bloqueada la creación de nuevos puestos de trabajo. No existe mejor política de empleo que la de eliminar los desequilibrios. Todo lo demás es una caricatura.

No necesitamos buscar atajos quiméricos ni improvisar medidas erráticas, sino perseverar las reformas y dar tiempo para que produzcan su efecto las que ya están en curso, porque no sólo pretendemos corregir esta situación, sino evitar que vuelva a repetirse. Queremos impedir que España, cada vez que asoma una crisis en el horizonte, vuelva a su vieja costumbre de generar desempleo masivo.

Señorías,



Y no digo todo esto con las manos vacías. Las cosas están cambiando en España, afortunadamente, y están cambiando mucho. Tal vez, el mejor signo de la recuperación lo representa la facilidad con que nos olvidamos de todo lo que hemos dejado atrás.

Hace un año estábamos al borde de la quiebra, Señorías; hace un año vivíamos en constante riesgo de ser intervenidos, Señorías. Desde entonces, algo ha cambiado en España. Ya nadie me pregunta, Señorías, si vamos a pedir un rescate. Hasta hace unos meses me lo preguntaban todos los días. ¿Por qué ya no me lo pregunta nadie? Se lo voy a explicar: no me lo pregunta nadie porque los españoles, a lo largo del año pasado, han demostrado una férrea voluntad de mejora, una capacidad de sacrificio y un empeño por cumplir sus compromisos que han despejado todas las dudas.

Ya no se duda de España y éste es el mejor símbolo del cambio que hemos vivido.

Hace un año atravesamos por dos momentos extraordinariamente críticos. Por estas fechas estuvimos a punto de que ser intervenidos por los problemas de una parte de nuestro sistema financiero. El que para algunos era “el mejor sistema financiero del mundo” estuvo a punto de tumbarnos sobre la lona. Lo superamos, como superamos también la gravísima crisis de la deuda soberana del mes de julio.

¿Qué mejor exponente de los cambios que la evolución de la prima de riesgo? Hace nueve meses llegó a estar en 638 puntos y ahora está en menos de la



mitad. Y esto ¿qué significa? Significa que estamos pagando muchísimo menos por el dinero que necesitamos para financiar nuestra deuda. Mejor dicho, significa que se nos exige menos porque se confía más.

Hace un año, buena parte de los ahorros en gasto público se iban por el sumidero de los intereses que teníamos que pagar por nuestra deuda. El descenso de la prima de riesgo significa que, al final de este año, podríamos ahorrarnos en este capítulo bastante más de mil millones de euros. No estamos hablando de una partida cualquiera de los Presupuestos, sino de la más importante después de las pensiones, más grande que las prestaciones por desempleo. No es cualquier cosa.

¿Le importa mucho a quien no encuentra un puesto de trabajo que el interés de nuestra deuda haya caído al 4 por 100? Sin duda, Señorías, muchísimo. Seguramente no lo percibe, pero significa que pronto tendrá bastantes más posibilidades de encontrar empleo. Lo tiene más cerca, hay un obstáculo menos.

¿Y qué ha cambiado en nuestra financiación exterior? Algo sorprendente, Señorías: que España ya no necesita más. No hablo de un cambio en relación con el año pasado, se trata de una enmienda a nuestra propia historia. ¿Sabe alguien desde cuándo no ocurría esto? Casi no existe memoria. Estamos ante un auténtico vuelco en la economía española. Hemos llegado a necesitar endeudarnos por el 10 por 100 de nuestro PIB, es decir, más de cien mil millones de euros en un año para este capítulo. Eso era mucho dinero,



Señorías, tanto que la Deuda Exterior neta llegó a alcanzar más de novecientos mil millones de euros en 2011.

Afortunadamente, hemos invertido la situación y estamos empezando a devolver lo que pedimos en su día. Y no es calderilla. Estoy hablando de un superávit, de lo que los economistas llaman “capacidad de financiación frente al resto del mundo”, en el entorno del 2 por 100, que vienen a ser unos veinte mil millones de euros.

Pero, más allá de la cantidad, que en sí es bastante notable, lo especialmente importante es que estamos reduciendo deuda de nuestra economía con el exterior. Devolviendo, no pidiendo. Y ese cambio cualitativo se traduce en confianza y tranquilidad respecto a nuestro país.

Señorías,

Junto con el déficit del sector público, el desequilibrio exterior ha sido, históricamente, el lastre de la economía española que más veces ha ahogado sus posibilidades de crecimiento. Ahí lo tienen ustedes: otro obstáculo menos.

Algo está cambiando, Señorías, y no por casualidad. Estos cambios, la caída de la prima de riesgo o el vuelco en la balanza de pagos, entre otros, no son fruto de ningún milagro. Se los han ganado los españoles a pulso. Se lo han ganado a base de ser más competitivos; alcanzando los agentes sociales un acuerdo histórico de moderación salarial; con el esfuerzo exportador de nuestras empresas, sobre todo las PYMEs; ajustando márgenes; haciendo



nuestra inflación una de las más reducidas de la zona euro y batiendo récords en nuestro saldo comercial y de servicios. Nuestra economía es más abierta, vende al exterior más de lo que compra y se diversifica en mercados y sectores.

No es tampoco un milagro que nos ofrecieran hasta cien mil millones de euros para superar la crisis financiera en unas condiciones extraordinarias: un plazo de quince años, al 0,5 por 100 de interés, con diez años de carencia. Esto fue el fruto de una negociación que se hizo posible porque España volvía a ser fiable.

Lo mismo podríamos decir del nuevo ritmo en el ajuste del déficit. No ha sido un milagro que podamos reducir el esfuerzo en 18.900 millones de euros este año, ni se debe a que hayamos pillado de buen humor al comisario europeo de Economía. Esto ha sido el fruto de una negociación con un país que está cambiando, que lleva bien sus cuentas, que cumple sus compromisos, que está levantando cabeza y que es fiable.

Insisto, Señorías, no es un milagro que descienda la prima de riesgo y se abaraten los intereses de la deuda. Eso también se lo han ganado los españoles a pulso con sus sacrificios, con su empeño y con su perseverancia. Nadie ha hecho un esfuerzo semejante al de los españoles en 2012. No conoce parangón, ni en España, ni fuera de España. Por eso se nos cree.

Insisto, nada de esto se lo debemos a la buena suerte, del mismo modo que nada de lo que antes ocurría era fruto de la fatalidad.



No fue una fatalidad que entonces nos hundiéramos en el agujero. Nos lo buscamos con obstinación y lo agrandamos durante años con empecinamiento. Y, de la misma manera que aquello no fue una fatalidad, es evidente que ahora el esfuerzo que están haciendo los españoles sirve para algo. Estamos avanzando en medio de grandísimas dificultades y, pese a ello, los cimientos que sostendrán la recuperación se refuerzan cada día que pasa; algunos, espectacularmente, bastante más de lo que las previsiones anunciaban.

Y todo esto, Señorías, lo digo sin ningún asomo de triunfalismo, porque esta tarea no culminará hasta que resolvamos nuestro principal objetivo que es devolver los puestos de trabajo a los parados. Ni asomo de triunfalismos, pero no quiero que nadie sea injusto, ni con España, ni con los españoles, ni con sus sacrificios, ni con su ejemplo, porque de todo ello podemos estar orgullosos.

Hemos avanzado mucho en ese desequilibrio económico que representa el déficit del sector público. Hemos avanzado, pero no está resuelto. Les recuerdo que lo cogimos en el 9 por 100 del Producto Interior Bruto, aunque se nos había dicho que en 2011 acabaría en el 6 por 100.

Hemos hecho un esfuerzo ímprobo el pasado año. Lo hemos reducido dos puntos. Dos puntos, Señorías, son veintidós mil millones de euros, como he dicho antes. Esto ha sido muy importante, muy costoso, muy doloroso, y tiene





mucho más mérito porque lo hicimos en plena recesión, es decir, en las circunstancias más desfavorables.

Si hubiéramos estado creciendo, los ingresos derivados del propio crecimiento de la economía habrían sido mayores; pero no fue así. Por eso, además de reducir los gastos, tuvimos que subir impuestos y asumir críticas e impopularidad.

Se me dirá que esa medida, la subida de impuestos, tenía efectos negativos para el crecimiento. Lo sé, pero tuvimos que anteponer la prioridad de reducir el déficit. En aquellos momentos --recuerden, el pasado mes de julio--, con la crisis de la deuda soberana en ebullición y con la prima de riesgo por encima de los 600 puntos, si se hubiera atisbado cualquier vacilación, cualquiera, la presión de los mercados financieros nos habría conducido inexorablemente al rescate.

Es evidente que lo que tratábamos de resolver entonces era una cuestión previa al crecimiento económico. Estaba en juego si España era fiable o no lo era; si España cumplía o no cumplía; si era capaz, o no, de controlar sus cuentas.

Y, si España no hubiera cumplido, Señorías, la prima de riesgo no estaría hoy en los 280 puntos básicos, ni la rentabilidad del bono a diez años en el 4 por 100, ni nuestras empresas hubieran podido volver a emitir bonos para financiarse en los mercados internacionales. Ninguno de los avances que he señalado se hubieran producido. Eso sí hubiera sido un círculo vicioso infernal,



porque irremisiblemente estaríamos condenados a la pérdida de la soberanía económica y a una crisis, que esto es lo más importante, más profunda y duradera.

Por ejemplo, el domingo 28 de abril –hace unos días-- se reunió en Atenas, de manera extraordinaria, el Consejo de Ministros y, poco más tarde, el Parlamento griego. Se trataba de aprobar con urgencia una serie de medidas para desbloquear el envío de una parte del segundo rescate a Grecia: 2.800 millones de euros pendientes de pago desde marzo y otros 6.000 millones más correspondientes al segundo trimestre. Los griegos necesitaban con urgencia ese dinero para poder pagar salarios del sector público, pensiones y bonos de inmediato vencimiento. No hace falta decir que el paquete de medidas que aprobaron no era muy agradable para los ciudadanos helenos.

Pues bien, de situaciones como la descrita se ha salvado España, porque en esos momentos, en ésos, no estábamos administrando el futuro, sino conquistando la posibilidad de tener un futuro. Afortunadamente, gracias a lo que algunos, critican la España de hoy tiene poco que ver, poco, con la de hace un año. Ya no tenemos las manos vacías, ya no sembramos dudas fuera de nuestras fronteras. Hemos logrado superar obstáculos que parecían infranqueables en un tiempo increíblemente corto y lo hemos conseguido porque los españoles lo han comprendido, lo han aceptado y lo han sufrido.

Ha sido muy duro, pero no ha sido en vano.



En consecuencia, Señorías, es preciso perseverar y dejar que las medidas actúen y los resultados lleguen. La política económica ni se improvisa, ni puede variar a cada paso, ni admite recetas mágicas, ni entiende de atajos.

No existe ninguna medida que obre milagros de hoy para mañana. Todas exigen su tiempo y hay que dárselo. A eso se le llama perseverar: a sostener la tarea, a no dejar las cosas a medio hacer y a no malversar los sacrificios.

Este Gobierno, ni ha variado su rumbo desde el primer día, ni tiene intención de variarlo. Que nadie espere bandazos o vacilaciones. Adaptarnos a las circunstancias, sí; vacilaciones, ni una. Continuaremos con la misma política, que es la que da resultados palpables, la que sanea nuestras cuentas, la que nos ha permitido recuperar la confianza internacional y, sobre todo, la que sienta las bases más sólidas para un crecimiento estable.

Vamos, pues, a continuar con los mismos objetivos y con los mismos instrumentos, porque todavía quedan tareas importantes y debemos completarlas.

En resumen, Señorías,

Afortunadamente, España está ya en una situación nueva, más sólida y con más futuro que hace un año. Estamos realizando reformas estructurales que sitúen a la sociedad española en condiciones de competir en la economía globalizada del siglo XXI. Hemos elaborado un programa de reformas y propuesto una senda realista de reducción del déficit público, para lo cual



acabamos de actualizar el cuadro de previsiones macroeconómicas más acorde con la situación nacional e internacional.

No representan, como he insistido, ningún cambio en las directrices esenciales de nuestra política económica. Como he dicho, el mejor servicio que podemos hacer a quienes sufren el paro es perseverar en nuestra política hasta lograr que desaparezcan todos los obstáculos que bloquean el crecimiento de la actividad económica y la creación de empleo.

Podemos decir que hoy estamos bastante más cerca de ponerle remedio que hace un año.

En suma, Señorías, esto empieza a funcionar. Nos queda todavía mucha tarea que atender, pero llegará la cosecha. El año próximo se producirán ya cambios muy significativos porque, entre otros, saldremos de la recesión y empezaremos a crecer.

Señorías,

Ésta es la tarea a la que invito a sumarse a quien de verdad pretenda ayudar a los parados con algo más que buenos deseos y fantasías ilusorias. Estoy abierto a toda sugerencia útil que nos ayude a ser más fuertes y más eficaces en beneficio de los españoles. Toda ayuda para alcanzar los objetivos que nos hemos propuesto será bienvenida., no porque el Gobierno carezca de suficientes apoyos parlamentarios, sino porque estamos ante una



responsabilidad que nos alcanza a todos y a la que todos, sin duda, podemos contribuir.

Esta es una batalla que es necesario ganar cada día, sin descanso y sin resignaciones. Yo no me acostumbro, ni me acostumbraré, al panorama del paro en España. Tengo un mandato que cumplir, darle la vuelta a la situación, y me he propuesto cumplirlo. Nos eligieron para hacerlo y lo vamos a hacer.

No nos falta, ni confianza en el plan que estamos aplicando, ni fe en la capacidad de la economía española, ni la seguridad de que los españoles, aun conociendo la amargura del esfuerzo que hemos tenido que emprender, no desean volver a las calamidades que han quedado atrás.

Señorías,

No estamos en el camino equivocado, ni hemos perdido el tiempo, ni tenemos las manos vacías. Hemos salido de lo peor, hemos detenido la caída, vamos a empezar a mejorar y los resultados llegarán, porque todos sabremos recorrer, con firmeza, el camino que nos falta.

Muchas gracias a todos.